

Construye una zorra

¿Sería posible el éxito de políticos como Trump, Orbán, Bolsonaro, Ayuso o Milei sin la existencia de ciudadanos que se les parecieran *espiritualmente* más de lo que estarían dispuestos a admitir?

¿Qué clase de persona aplaude las tropelías, los abusos o las salidas de tono de líderes sin escrúpulos y empresarios moralmente embrutecidos, sino aquel que desea ser como ellos o que, en cierto modo, ya lo es (sin su dinero ni su poder, evidentemente)?

¿Cómo se explica que tanto abusón y tanto matarife prepotente se presente, a la vez, como víctima?

¿Existe una corriente continua, un empalme cultural que relacione la monserga del cine edificante y los predicadores oportunistas de la autoayuda con ese victimismo rampante tan característico de nuestra desnorada sociedad?

¿Qué fue de la autenticidad de los noventa? Quiero decir, ¿queda alguien auténtico ahí fuera?

¿No debe producirle al pedagogo una insana envidia profesional observar la puntualidad, el esfuerzo y la motivación con las que acuden esos jóvenes de Torre Pacheco al apaleamiento de personas de origen magrebí?

¿Son el *twerking* y el *perreo* expresiones culturales – en sentido antropológico– de una nueva conexión entre estética, clase social y capital?

¿Supone el abandono de la solidaridad tributaria un episodio más en la liberación de las grandes fortunas de la **puta** realidad?

¿Y los episodios de autocensura –como el que acabo de cometer– son una concesión más a los ofendidos o simplemente un cálculo comercial dictado por la llamada «racionalidad neoliberal»?

¿Funcionan el candor adanista y sus correlatos –el desdén por la historia, el profesional y el experto– como premisas de la «Ilustración oscura» o solo como fisiologías de los *intensitos* del poscolonialismo identitario?

Esas gentes que pasan diariamente por el embudo del mal gusto y que, sin calibrar del todo lo que les ocurre, parecen impelidas a reproducir eslóganes y actitudes deprimentes, ¿no se extienden como el virus de un filme de David Cronenberg a través del cuerpo social?

¿Y qué había exactamente de empoderador en «Construye una zorra», el vídeo de la influencer filipina Bella Poarch?

Deconstruye la contra-Ilustración

La Ilustración fue, ante todo, un examen del mundo: una rendición de cuentas del estado de las cosas ante la razón. La célebre salida de la «culpable minoría de edad» formulada por Kant abrió una serie de preguntas sobre cómo pensar mejor. Pero el alemán no fue del todo justo: ¿qué culpa tenía un campesino de Königsberg sin medios, sin acceso a la cultura, esto es, sin la más mínima ocasión de abandonar esa *minoría de edad*?

Siglos después, en los estertores de la posmodernidad, algunos sostienen que hemos entrado en un tiempo regresivo –una zona crepuscular que llaman «Ilustración oscura»–: un movimiento neorreaccionario económico, político y cultural que avanza despacio pero con seguridad; una suerte de fascismo tibio que, en nombre de la tradición o de una identidad nacional-populista, rechaza el universalismo, el humanismo secular, la idea de progreso, la perfectibilidad (Walt Whitman) y la vieja triada revolucionaria: igualdad, libertad, fraternidad.

Entre Kant y Trump hubo un breve periodo –¡qué rápido se desvaneció! – en el que aún podíamos hablar de ciudadanos *culpables* de su minoría de edad. Tenían, a un gratuito golpe de clic, una magnífica clase de historia en YouTube o la visita a un museo virtual. Pero eligieron el *Gangnam Style*.

Almas perdidas

La noche en que pulía por última vez este breve ensayo falleció un *streamer* durante un «reto» en directo: seis gramos de cocaína en tres horas, una raya de dos gramos, espectadores conectados a videollamada privada: figuras frágiles en el callejón de las almas perdidas, enfermos agujoneados por usuarios que prefieren pagar cinco euros por entrar a un espectáculo sádico que googlear gratis un concierto de Nacho Vegas o Wet Leg.

Un donador: «me duele la cara de reírme».

Bueno, dejémoslo en productos de fábrica

No me interesan aquí los grandes paradigmas, sino los caracteres, los productos de fábrica. Aquellos que se enorgullecen de su brutalidad tradicional y sus primos culturales, los que han hecho profesión del dolor. Me interesan los relativistas; quienes elaboran una pesadísima ideología sobre su pigmentación; los adanistas; los rencorosos; los nihilistas de sello anarquista –no necesariamente anarcoliberal–. Y los otros: esas gentes apáticas o malcaradas que no votaban, los que decían que nadie los representaba y, en realidad, lo que ocurría es que nada les parecía suficiente porque estaban esperando el advenimiento de Trump o de Abascal.

En algunas zonas mediterráneas, como en la que vivo, se usa la expresión «hacer mal» en el sentido de hacer daño, pero existe también un uso técnico, industrial, que señala un defecto de fábrica. Entre ambos sitúo tentativamente ese «me hicisteis mal» con el que nos aproximamos a este conjunto de caracteres que, desde ahora, propongo llamar –con toda la humildad y el candor epocal que haga falta– «nueva subjetividad».

La nueva subjetividad

Este no es un ensayo sobre la Ilustración oscura ni sobre la posmodernidad, sino sobre sus hijos (y algunos nietos). Es un ensayo sucinto sobre rasgos y modos de ser: los productos de la fábrica de la nueva sub-

jetividad. Es también un breve retrato de los cruzados de la identidad; de los musculosos revanchistas del antiintelectualismo¹; de las *celebrities* capaces de ocultar, bajo sus millonarias cuentas corrientes, tatuajes y nebulosas infancias trágicas salpicadas de *bullying* y dolor. Un análisis incompleto de los manipulados y los resabidos, los intensos y los *trols*, las escépticas los victimizados, los *pornies* y los foreros, los puntillosos, los adanistas y quienes permanecen encerrados en su propio candor. Un texto breve sobre los autorracionalizados y las *influencers* en tiempos de un prolongado retroceso cultural, un panfleto contra ellos, y contra vosotros, y, por supuesto, contra mí.

Con su tono también herido y su querencia por el cine de terror, este es un ensayo rencoroso contra el rencor de quienes gritan «me hicisteis mal».

Me hicisteis mal... y lo vais a pagar: el final de un slasher para empezar

Lo siento por quien no la haya visto: el asesino de *Viernes 13* es Pamela Voorhees, la madre de Jason. Pero no se apresuren a juzgarla. La mujer tras la máscara de hockey ensangrentada es, en realidad, una víctima. Si ha ido mutilando de forma salvaje a los jóvenes monitores de Crystal Lake es porque, muchos años atrás, en 1957, otros monitores campaban

1- El revanchismo: clave de la geopolítica. Rizzi, Andrea, *La era de la revancha*, Barcelona, Anagrama, 2025.

tan alegres bajo el cielo de Bronswille, entregados al fornicio premarital. Carecían de moral social y el pequeño Jason, su hijo, se ahogó en el lago. *Glup*. Sí, fueron otros; sí, había pasado tiempo; pero su muerte tenía un porqué.

Frente a la metafísica, una de las ventajas del *slasher* –ese género en el que un desconocido enmascarado va acabando a cuchilladas con jóvenes ligeros de ropa e ideas– es que un instante antes de morir alguien nos explica el gran porqué. El porqué de la muerte: qué discurso tanpreciado al final de tanta furia.

Sí. El *slasher* supera a la vida. Sean S. Cunningham, Wes Craven, John Carpenter, Tobe Hooper o Ti West resultan, en algún punto, más satisfactorios que Leibniz o Voltaire: vas a desaparecer y la boca tras la máscara te explicará por qué. El móvil del agraviado, la máscara de la inocencia, la razón de la víctima, la irrupción nocturna de la venganza privada contra la civilización, el atavismo frente a la institución, la concepción solipsista del mundo, ese fundamento primitivo de la justicia retributiva... Todo eso parece, a veces, preferible a la sombra que camina, al pobre actor shakespeariano que se agita un momento y nunca más se le escucha.

Anhelamos un sentido y no dejamos de actuar. Shakespeare nos situó en el gran teatro del mundo –el de Calderón, el de sociólogos como Erving Goffman o Richard Sennett–. En algún punto, casi preferimos

soportar el discurso quejumbroso del matarife al final de la obra que quedarnos sin entender por qué nuestra existencia se esfumó. Pero ¿por qué el revanchista acapara tanto papel? ¿Es posible que, bajo las grandes cadenas de montaje de la personalidad, al fondo de los procesos de subjetivación, haya un elemento cultural que ilumine figuras afines al vengador, al inocente inflamado, al descreído insípido, a la rencorosa fatal? ¿Queda alguien ahí fuera que prefiera las lagunas del «cuento contado por un idiota, lleno de ruido y de furia, que nada significa», a la plenitud hermenéutica de los últimos minutos de una entrega de *Scream*?

Hay mucha verdad en un aullido. Ginsberg lo habría suscrito. El problema es que, ahí fuera, todo el mundo se ha puesto a gritar.

El estruendoso grito de los corderos

¿No les ha ocurrido que, en mitad de una conversación, alguien introduce de pronto un giro íntimo para legitimar sus opiniones —sean las que sean— apelando a un sufrimiento personal, a una agresión o a una vieja ofensa? Siempre he recelado del exhibicionismo moral, incluso cuando se presenta con la máscara de la absoluta falta de afectación. Si eso que llamamos virtudes no es pocas veces más que un conjunto de intereses que el azar —o el ingenio— logra armonizar, ¿qué mérito se esconde en haber sido herido, en ostentar como virtud algo que no requiere agencia?

La personalidad infantil y la nerviosa derrochan drama y exhibicionismo: un deseo de controlar. La Rochefoucauld dejó escrito que «nada es más raro que la verdadera bondad», pues quienes creen poseerla suelen ser débiles o complacientes. A menudo, quien se arranca a gritar ante el intento de pensar en común una realidad abstracta —helando al contertulio y congelando el debate— pierde la careta de la fragilidad y exhibe el dolor no como herida, sino como arma moral: un arma de la virtud. No se vuelve fuerte sino *más fuerte*.

Ese movimiento centrípeto, inverso a la extrapolación —con su aire a «llave de judo moral», como decía Milan Kundera en *La lentitud*— sabotea la posibilidad de una razón compartida. Como los pájaros sin discurso de Hitchcock, cancela... por elevación.

Otra forma de hablar de los acúfenos

Desde luego, tener información —no solo mala información— no equivale a tener conocimiento. La expresión aparentemente humilde «mi verdad» esconde un blindaje: nadie más puede entrar ahí. El estruendo de las fragilidades agresivas tiene algo de vibración, de oscilación endémica, un silbido permanente como el que sufrimos quienes padecemos tinnitus. Está en todas partes; se propaga por Instagram, por YouTube, por TikTok.

Y no se va.